

Jorge Marco

**EL LARGO VIAJE DE LA “MEMORIA
GUERRILLERA” EN ESPAÑA**

HISTORIA Y MEMORIA

**Todos los Nombres, Mapa de Fosas y
Actuaciones de los Tribunales de
Responsabilidades Políticas en Andalucía**

EDITORES

Miguel Gómez Oliver - Fernando Martínez López

ISBN: 978-84-8240-869-9

Depósito Legal: AL-2980-2007



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA**

Archivo descargado de www.todoslosnombres.org

EL LARGO VIAJE DE LA “MEMORIA GUERRILLERA” EN ESPAÑA.

Jorge Marco
UCM

En memoria de Miguel Padial, “Campañito”

Decir que las memorias colectivas en el siglo XX son producto de acontecimientos traumáticos no es ninguna novedad. Los grandes conflictos del siglo pasado generaron víctimas que en sí mismo eran contenedores de memoria, pero a su vez, diferentes redes sociales, políticas, culturales o familiares asumieron un papel de receptoras. Los movimientos por la memoria que han florecido desde finales del siglo XX suelen representarse en este sentido; como portadores, conservadores y defensores de una memoria reprimida. Por lo tanto, los portadores de la actual memoria histórica no requieren la condición de víctima, tan sólo la transmisión e identificación con la misma. Pero la memoria no es un ente estático, se transforma tanto en el superviviente o testigo como en el proceso de transmisión, es decir, en los nuevos portadores. La memoria, por lo tanto, no es más que relato histórico inserto en el espacio y en el tiempo, sometido a las contingencias del presente bajo unas definidas coordenadas de pasado y de futuro.

Los soportes de la memoria, además, son múltiples: desde la transmisión oral a la gestión de los archivos, pasando por los conocidos “lugares de la memoria”, objetos cotidianos o la simple escritura de un testimonio. En esta breve comunicación quisiéramos centrarnos en la evolución de la memoria guerrillera en España, y para ello consideramos interesante analizar tanto los propios testimonios de los protagonistas como los cambios y formas de apropiación que las organizaciones afines han utilizado, de tal modo que podamos observar lo complejo, y en ocasiones, contradictorio de un largo viaje que todavía no ha concluido.

El sendero de la memoria carece de itinerarios trazados, pero suele encadenar fases que responden a un orden vital: acontecimiento traumático, represión de la memoria y por último,

un retorno a lo reprimido que en no pocas ocasiones conlleva una “saturación de la memoria”¹. En Francia, la memoria de la resistencia representó durante décadas el mayor rango de heroísmo, encumbrado por el estado gaullista, pero a partir de la década de los setenta la sombra del colaboracionismo ha provocado una severa revisión sobre su pasado. Además, otras memorias han empezado a entrar en juego². En España el proceso es similar, pero en el sentido contrario. La extensa represión de la memoria antifranquista durante la dictadura, y el particular modelo de transición política, extendieron en el tiempo los ciclos sociales de recuperación de la memoria.

No puede sorprendernos la ausencia de ejercicios memorialísticos antifranquistas, y en particular, sobre la guerrilla, por parte de la dictadura, y en varias ocasiones se han analizado los factores que provocaron la timidez durante las primeras décadas democráticas, pero más sorprendente, y hasta el momento sin estudiar, resulta la escasez de producción entre las distintas fracciones políticas del exilio. Al fin y al cabo, fueron sus militantes los que se batieron en las sierras españolas y los que concluyeron su periplo guerrillero con la cárcel, el exilio o la muerte, en el peor de los casos. Parece, a priori, un campo fecundo para la propaganda y la construcción de relatos que refuercen la memoria y la identidad colectiva antifranquista. Sin embargo, dicho proceso contó con diversos obstáculos.

De la agitación al silencio y del silencio a la apropiación

La guerrilla en España, como bien es sabido, contó con un casi exclusivo valedor político: el PCE, y mientras duró el fenómeno, la propaganda, los homenajes y las muestras de apoyo se hicieron visibles allí donde hubiera una pequeña sección del partido en el exilio. Muestra de ello podría ser las colaboraciones de Dolores Ibárruri en la REI, los folletos a favor de la lucha

¹ ROUSSO, Henry: *Le Syndrome de Vichy*, París, Seuil, 1990 o RICOEUR, Paul : *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2005. Unas reflexiones recientes, en: TRAVERSO, Enzo: *El pasado, instrucciones de uso*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

² VIRGILI, Fabrice: “Víctimas, culpables y silenciosas: memoria de las mujeres rapadas en la Francia de la posguerra, en: ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.): *Guerra Civil. Mito y Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

guerrillera en España como el publicado en México en 1948, o conferencias como las de Santiago Carrillo en Francia en noviembre de 1944 alabando “el papel glorioso de los guerrilleros”³. Aunque fenómeno coetáneo, ya existían víctimas y acontecimientos de relieve para poder ejercitar los instrumentos de la memoria guerrillera:

Y de nuestra lucha intransigente contra el régimen franquista hablan muy alto los nombres de militantes de nuestro Partido, verdaderos héroes nacionales, como Larrañaga, Diéguez, Asarta y Girabau, como Cristino García, que proclama con orgullo ante los jueces: “Somos comunistas conscientes que no abandonaremos jamás la lucha contra las verdugos que oprimen nuestro pueblo”. O como Ramón Vías, que desde la cárcel, físicamente desecho por las torturas, lanza virilmente su “Yo acuso” al rostro de los verdugos falangistas⁴.

Pero a partir de 1952, con la conclusión definitiva de la resistencia armada, desaparecieron todas las referencias a la experiencia guerrillera –o quedaron reducidas a lo anecdótico- tanto en la prensa militante como en el catálogo de las editoriales de los distintos partidos y sindicatos. Después del fragor de la batalla, un inmenso silencio arrojó al olvido a los guerrilleros que habían dejado sus vidas o su juventud en las sierras españolas.

Un vacío de memoria –lo que incluye un desentendimiento y desprecio a los guerrilleros exiliados por parte de los propios partidos⁵- que se extendió entre 1952 y 1970, es decir, dieciocho años donde la política de Reconciliación Nacional imperó sobre cualquier otra prioridad. Particularmente sorprendente, por su implicación en la existencia y el fomento de las Agrupaciones guerrilleras, resulta la aptitud del PCE. Tan sólo a la altura de 1960 encontramos una aislada referencia en sus textos, pero con un objeto claro: la apropiación y capitalización de la experiencia guerrillera, sin contar con las propias voces y testimonios de los protagonistas. Nos referimos a la obra canónica sobre la *Historia del Partido Comunista España*, bajo la

³ Los escritos de Dolores Ibárruri, en: Archivo del Comité Central Partido Comunista de España, sección dirigentes, 14-3; folleto titulado: “Llamamiento de la Agrupación Guerrillera de Levante Aragón”, en: Archivo Fundación Pablo Iglesias, FA 5107; y conferencia de Santiago Carrillo, bajo el título: “Para echar del Poder a Franco y Falange, Unidad y Lucha”, en: AFPI, FA 5389.

⁴ Discurso de Santiago Carrillo el 31 marzo de 1946.

⁵ Sobre el nefasto recibimiento y trato a los guerrilleros exiliados por parte del PCE, se puede ver: SERRANO, S.: *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2002 y ROMEU ALFARO, F.: *Mas allá de la utopía: perfil histórico de la Agrupación Guerrillera de Levante*, Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 2002.

dirección de su presidenta Dolores Ibárruri, en la cual, además, tan sólo se le dedica dos cuartillas en un texto de casi trescientas páginas⁶. La marginalidad de la cita no es casual -atiende a los planteamientos políticos del partido en aquel momento-, pero sorprendente si tenemos en cuenta que es posible que no existiera para la organización comunista, después de la guerra civil, ningún proyecto de mayor impacto sobre su militancia. A pesar de la brevedad de la cita, los autores recogen todos los elementos comunes de un relato épico que más adelante se pueden observar –más o menos matizado- en el resto de la literatura militante: su papel impulsor de la resistencia popular contra la dictadura, el personalismo a través de grandes líderes guerrilleros, el PCE como organizador y garante de la línea política de la resistencia, la importancia de la guerrilla en la toma de decisión franquista de neutralidad durante la segunda guerra mundial, etc. El vocabulario, además, nos remonta no sólo al ámbito de lo moral: *imperecedera gloria, ejemplo heroico* (sic), etc.; sino que nos acerca a las categorías y a la retórica de la época, y por lo tanto, a su propia interpretación de lo social: el pueblo, las masas, las fuerzas revolucionarias, el campesinado, etc. Grandes sujetos históricos para transformar el mundo. Pero, ¿dónde están los guerrilleros?

Antes avanzamos que el gran cambio se produjo a partir de 1970. Ante la inminente desaparición del dictador y las nuevas expectativas abiertas de democratización en España, reapareció un nuevo interés por la reivindicación de la guerrilla antifranquista⁷. Y el PCE, en este sentido, también fue precursor. Pero como había ocurrido en la década anterior, recurre a unas prácticas de apropiación de la experiencia guerrillera. Andrés Sorel, escritor y en aquel momento militante del PCE, recogió el encargo de Santiago Carrillo, lo que provocó cierto malestar entre algunos miembros del partido como Enrique Lister o José Gros -que consideraban que eran ellos los más apropiados-, de elaborar un libro sobre la guerrilla desde la perspectiva del PCE. Para ello la organización le entrega un conjunto de documentos -

⁶ VVAA: *Historia del Partido Comunista de España*, Paris, Editions sociales, 1960.

⁷ Son insignificantes las noticias en el periodo anterior. Aun así, casi a modo de anécdota existen algunos ejemplo: IZCARAY, Jesús: *Quince días con los guerrilleros de Levante*, México, Palomar, 1960; LISTER, Enrique: “De la experiencia de la lucha guerrillera en España (1939-1951)”, *Revista Internacional*, 1965 o PRIETO, Indalecio: “Los guerrilleros asturianos. Impresiones de un Arribo”, *Convulsiones en España*, México, Ediciones Oasis, 1968.

fundamentalmente los relacionados con la Agrupación Guerrillera de Levante Aragón, el grupo más estrechamente vinculado al PCE-, y los informes de Eulogio Limia Pérez, Teniente Coronel de la Guardia Civil. En esta ocasión si se contó con los testimonios de algunos protagonistas, pero tal y como nos ha confirmado Andrés Sorel en diversas entrevistas, los guerrilleros fueron seleccionados por el partido. No sólo le fueron censurados algunos fragmentos de su trabajo, sino que desde un primer momento Santiago Carrillo y Manuel Azcárate restringieron los límites del proyecto. En un reciente Encuentro Internacional, Francisco Martínez-López, “Quico”, miembro de la Federación Guerrillera de León Galicia y militante del PCE, en un debate abierto con Andrés Sorel, denunció que aquel libro no sólo mostraba una versión y una memoria exclusiva del aparato, sino que supuso el inicio de la “*campaña de ocultación y de silencio*” preparada por el propio partido, que más adelante fraguaría definitivamente durante la transición⁸.

Pero si la prolongación de la dictadura durante cuarenta años favoreció –en el exilio- una memoria de oposición común antifranquista –tan sólo “rota” por las propias memorias más institucionalizadas de cada organización política-, en detrimento de memorias más vinculadas a la propia experiencia; el modelo de la transición en España tampoco fomentó un cambio de perspectiva. Frente a otros procesos rupturistas, donde la memoria pasa a formar parte de las nuevas legitimidades, en el caso español, como señala Paloma Aguilar, la presencia de la memoria de la guerra civil durante la transición fue permanente, eso sí, mostrada como contrapunto, a partir de “*una conciencia generalizada de culpabilidad colectiva por el fracaso de la experiencia republicana e iba a hacerse lo imposible para que su nefasto final, la Guerra Civil, no se repitiera*”⁹. La memoria durante aquel periodo formó parte de la tensión y el pacto social –no exclusivo de las elites- en un doble sentido: por un lado su ejercicio permitía eludir los “errores del pasado” y por otro, la marginación de cualquier tipo de demandas de justicia se

⁸ Encuentro internacional *Resistencia armada en la posguerra*, celebrado en la Universidad Complutense de Madrid entre el 25 y el 27 de octubre de 2006. El libro en cuestión: SOREL, Andrés: *Búsqueda reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, Paris, Editions Libraire du Globe, 1970.

⁹ AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma: *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 210.

convertía en una de las herramientas básicas para la reconciliación. La naturalización de este proceso, cuyos orígenes se encuentran en los autores cercanos a la dictadura durante el tardofranquismo, se extendió a amplias capas de la sociedad y sus efectos todavía hoy se pueden encontrar en las prácticas sociales y en multitud de enfoques históricos sobre nuestro pasado¹⁰.

Sumamos, pues, una nueva derrota en la memoria de la resistencia. Después de la pérdida de la guerra, tras los nulos resultados de la acción guerrillera, la cárcel, el exilio, y la marginación dentro de sus propias organizaciones frente a una memoria común antifranquista y de aparato; la nueva democrática les condena a una nueva travesía por el desierto. El largo viaje de la memoria guerrillera continúa su periplo, pero los cambios se empezaron a sentir en un breve lapso de tiempo.

Del silencio a la fragmentación

Como se habrá podido observar, en ningún momento hemos utilizado alguno de los lugares comunes con los que se suele definir este proceso: pacto de silencio, olvido, etc. En realidad, la presencia de la memoria y la historia de la guerra civil (núcleo sobre el que se vertebran el resto de memorias: cárceles, guerrilla, etc.) fue abrumadora durante toda la transición y la década de los años ochenta. La diferencia, a partir de los años noventa, se va a establecer en otra dirección. Por un lado, nos encontramos con una democracia consolidada, libre de elementos refractarios con capacidad real de amenaza sobre la estabilidad política y constitucional del país. Esta situación libera de viejos miedos a una sociedad que transita de la dictadura a la democracia sino cautiva, al menos cautelosa, y permite plantear ciertas demandas anteriormente estigmatizadas. Por otro lado, una tercera generación -denominada de los nietos- ha irrumpido en el debate público con una nueva perspectiva sobre el pasado, reivindicando un “deber de memoria”, y por lo tanto, exigiendo políticas de restitución o reparación¹¹. Pero este

¹⁰ Sobre la cuestión de la naturalización: IZQUIERDO, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo: *La guerra que nos han contado*, Madrid, Alianza, 2006.

¹¹ ARÓSTEGUI, Julio: “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil”, en: ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.): *Guerra Civil...*, pp. 57-92.

fenómeno no es exclusivo en España; procesos similares, o al menos con elementos comunes, se pueden observar en otros países como Francia, Argentina o Alemania¹².

Aun así, estos dos elementos no son suficientes para comprender los cambios que se han experimentado respecto a la cuestión de la memoria durante la última década del siglo XX y los primeros años del siglo XXI. En paralelo a las transformaciones sociales que hemos señalado, o condicionados por estos mismos, los partidos políticos de la esfera de la izquierda también han modificado sustancialmente sus posiciones respecto al pasado. Por una parte, el PCE, después de su crisis electoral, institucional y de liderazgo, inició un nuevo periodo –ahora bajo las siglas de IU- de renovación ideológica (lo que supuso un cambio de prácticas, militancia y democracia interna), al mismo tiempo que una recuperación sin complejos de ciertos símbolos identitarios como la República. De este modo, IU es capaz de incorporarse a la nueva ola de reivindicaciones sociales por la memoria “clandestina”, pero sin la capacidad de capitalizar o apropiarse de sus experiencias.

Pero mayor impacto ha suscitado –por su proyección social y política-, la evolución en el PSOE en torno a estas cuestiones. Durante las dos primeras legislaturas la prudencia y la distancia marcaron la política de los sucesivos gobiernos socialistas, en sintonía con el pacto social establecido durante la transición. El propio Felipe González, recientemente, ha declarado sentirse “*responsable de no haber suscitado un debate sobre nuestro pasado histórico, el franquismo y la guerra civil (...) no hubo, no ya exaltación, ni siquiera reconocimiento, de las víctimas del franquismo, y por eso hoy me siento responsable de parte de la pérdida de nuestra memoria histórica*”¹³. La reflexión de Felipe González a la altura del año 2001 tan sólo se puede comprender a partir de los cambios sociales que venimos señalando. Pero si bien es cierto que los gobiernos socialistas de Felipe González no suscitaron ningún debate y escasa legislación

¹² ROUSSO, Henry: “La memoria de Vichy o la ilusión de la excepción francesa (1980-2000)”, en: ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.): *Guerra Civil...*, op. cit. pp. 321-335 o varios capítulos en: BARAHONA, Alexandra, AGUILAR, Paloma y GONZÁLEZ, Carmen (eds.): *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Madrid, Istmo, 2002.

¹³ GONZÁLEZ, Felipe y CEBRIÁN, Juan Luis: *El futuro no es lo que era: una conversación*, Madrid, Aguilar, 2001, pp. 37-38.

sobre las cuestiones referentes al pasado, no podemos concluir que mantuvieran los principios establecidos durante la transición a lo largo de sus cuatro legislaturas.

La primera fractura la podemos observar en las elecciones generales de 1993, donde el PSOE, frente a unos comicios complicados, recurrió a las imágenes del pasado con el objeto de atemorizar a los votantes –con un excepcional resultado- respecto al partido de la oposición, el PP, al que acusó de reproducir las “esencias del franquismo”. Tres años después volvería intentar utilizar la misma estrategia pero no consiguió amortizar su discurso frente a la imagen moderada que sí consiguió proyectar el PP. En conclusión, a partir de 1993, y cada vez con mayor intensidad, se rompe el consenso en torno al pasado y la memoria tal y como se había establecido durante la transición. Como certeramente apunta Paloma Aguilar: *“Para la izquierda el recuerdo del pasado se ha convertido en un argumento político importante. Se trata de una memoria necesaria, puesto que la izquierda considera que no se ha reconocido suficientemente el papel desempeñado por ella en la lucha contra la dictadura, ni las concesiones que se vio obligado a realizar en la transición por secundar el espíritu de reconciliación nacional”*¹⁴. Dentro de esta nueva lógica debemos entender la importante batería de propuestas parlamentarias que desde los distintos grupos de izquierda se presentó durante las dos legislaturas del PP, o los nuevos debates e iniciativas legislativas del presente gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero.

Hasta el momento hemos observado los cambios sociales y políticos que han provocado una transformación sustancial en las perspectivas sobre el pasado, pero todavía no hemos aludido a los efectos de estos cambios en la propia naturaleza de las memorias. Si bien, al principio de esta comunicación, señalamos la homogeneidad de la memoria antifranquista a lo largo de la dictadura y durante los primeros años de la transición, a partir de la ruptura del pacto social en la década de los noventa nos encontramos ante una eclosión de memorias “moleculares”. Resaltamos este aspecto porque no se suele destacar el carácter fragmentado de las memorias (campos de concentración, brigadistas, guerrilla, presos, fosas comunes, etc.) en

¹⁴ AGUILAR, Paloma: “Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del <pacto de silencio>”, en: ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.): *Guerra Civil...*, op. cit. pp 287.

los análisis sobre el fenómeno reivindicativo de la memoria histórica que se inicia desde las primeras fechas del proceso democrático, pero que adquiere relieve público en las últimas décadas del siglo XX. A partir de este momento, cada memoria se reivindica en función de una experiencia personal y colectiva, y se aglutina en espacios limitados por esa misma experiencia al margen de divergencias partidistas, es decir, si bien existen memorias colectivas muy marcadas por la propia identidad de las organizaciones políticas de la oposición antifranquista, en paralelo -y con mayor intensidad en cuanto a la capacidad de reivindicación- se estructuran memorias a partir de una experiencia común más allá de las divisiones ideológicas. Este proceso, además, se ha ido agudizando al compás del incremento reivindicativo. Este es el caso de la “experiencia guerrillera” que ha configurado una memoria común y ha articulado, a través de distintas asociaciones, todo un repertorio de representación social: congresos, caravanas, lugares de memoria, campañas, reivindicaciones, etc.

Sus orígenes los podemos encontrar en la década de los ochenta todavía en el territorio francés. En fechas tan recientes como 1982 se inaugura en la localidad francesa de Prayols un monumento en homenaje a los guerrilleros españoles que lucharon contra la ocupación alemana. A partir de este momento varias asociaciones de ex guerrilleros empiezan a barajar la idea de llevar este tipo de iniciativas al territorio español. En 1985, en una Asamblea General de la asociación Amical de Cataluña, propone la construcción de un monumento nacional al guerrillero, decisión ratificada dos años después en la reunión de la Asociación de Antiguos Guerrilleros Españoles. En 1988 se convoca una concentración en el pueblo conquense de Santa Cruz de Moya y se declara el 1 de octubre como día del guerrillero, quedando ese lugar y fecha como referencia anual del movimiento por la memoria guerrillera. Santa Cruz de Moya, y más en concreto, el lugar conocido como Cerro Moreno, se convierte en un “lugar de memoria” en recuerdo de los acontecimientos acaecidos en 1949, cuando 12 miembros de la Agrupación Guerrillera de Levante murieron en un enfrentamiento con la Guardia Civil. Allí se inauguró en 1991 el monumento “en memoria de los guerrilleros españoles muertos en la lucha por la paz, la libertad y la democracia al lado de todos los pueblos del mundo”, y se vienen celebrando, a partir del año 2000, ocho jornadas sobre la resistencia organizadas por la asociación la Gavilla

Verde. A estos hechos se debe agregar las iniciativas institucionales a través de la asociación de ex guerrilleros AGE que se han presentado en el parlamento desde 1999, con dos en el año 2001 y la última en el 2005, agregando distintas jornadas en el territorios nacional, destacando las seis convocatorias en el Valle del Jerte, homenajes en ayuntamientos, inauguración de nuevos lugares de memoria, etc¹⁵.

Son los propios protagonistas, en este caso, los guerrilleros, los que lenta pero pacientemente han ido abriendo pequeños espacios de memoria en el ámbito público, al cual se han ido sumando nuevos sectores sociales y políticos en los últimos años. Pero en este largo viaje de la memoria guerrillera no podemos olvidar un capítulo de enorme importancia: los testimonios de sus protagonistas, una literatura que no ha tenido la extensión que hubiera sido la pertinente. Al menos, no ha adquirido las dimensiones de otros acontecimientos y experiencias traumáticas acaecidas en la historia contemporánea europea e internacional cuya producción de memorias tuvo un crecimiento exponencial.

La extensa duración de la dictadura, los mecanismos de apropiación de los aparatos de las organizaciones políticas que hemos señalado y el modelo de la Transición en España han condicionado tanto el reducido número de testimonios como lo tardío de su aparición. Sólo así es comprensible comprobar que el primer testimonio viera la luz en una fecha tan tardía como en 1975, escrita por uno de los guerrilleros más particulares del panorama español, el autodenominado como guerrillero pacifista *Severo Eubel de la Paz*¹⁶. Dos años después, José Gros, controvertido dirigente guerrillero del PCE, bajo el amparo de la presidenta del partido, Dolores Ibárruri, publicó sus memorias donde narra todo su periplo desde la guerra civil, pasando por la guerrilla soviética, hasta su experiencia en la Agrupación Guerrillera de Levante-Aragón¹⁷. A partir de ese momento, lenta pero escalonadamente, han ido surgiendo nuevas publicaciones a lo largo de toda la geografía española, pero con mayor intensidad a finales de la

¹⁵ Un resumen podemos encontrar en el dossier sobre las III Jornadas del maquis en Santa cruz de Moya, organizadas por la Asociación La Gavilla Verde en el año 2002.

¹⁶ REGUILÓN GARCÍA, Adolfo Lucas: *El último guerrillero de España*, Madrid, AGLAG, 1975.

¹⁷ GROS, José: *Relatos de un guerrillero comunista español*, Barcelona, ATE, 1977.

década de los noventa y principios del nuevo siglo¹⁸, es decir, a caballo de los cambios sociales que venimos señalando respecto a la memoria y el pasado.

El propio hecho cronológico debe movernos a una nueva reflexión; entre la experiencia guerrillera y la palabra (memoria) media al menos treinta años de distancia, cuando no cincuenta o sesenta. Como historiadores, no podemos obviar un asunto de tales dimensiones a la hora de abordar este tipo de literatura. La experiencia –individual y colectiva- se desenvuelve en un tiempo real, presente, en el núcleo de la acción, con unas representaciones y experiencias del pasado, y unas expectativas proyectadas sobre el futuro. La memoria en cambio se ubica en un presente que fue futuro –desde la experiencia- desconocido. La memoria es el pasado del presente, un ejercicio de revivir desde nuevas coordenadas de pasado y de futuro, es decir, con un importante agregado de experiencias acumuladas y diferentes expectativas de futuro. En términos más claros; no podemos confundir memoria con experiencia, y mucho menos, memoria con historia. Las memorias nos pueden aportar una mirada desde el hoy de los ex guerrilleros sobre su propia experiencia, y por lo tanto, nos hablan más del presente que del pasado¹⁹.

Así ocurre incluso en las cuestiones que parecen tener mayor similitud, como es el caso de la representación social y la cuestión terminológica. Hace sesenta años los guerrilleros se defendían y reivindicaban, buscando una fuente de legitimidad entre la población, frente a la guerra ideológica abierta por la dictadura: “...*al objeto de desprestigiarnos ante el pueblo (cosa ya inútil porque el pueblo nos conoce y sabe que nuestra lucha es política y por la República)*”

¹⁸ Una breve relación: MATARRANZ, Felipe: *Manuscrito de un superviviente*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987; ROZADA, Nicanor: *¿Por qué sangró la montaña?*, Oviedo, Edición del autor, 1987; ÁLVAREZ, Santiago: *Memoria da guerrilla*, Vigo, Xerais, 1991; ARASANZ RASO, Joaquín: *Los guerrilleros*, Edición del autor, 1994; VICUÑA, Victorio: *Combates por la libertad*, Lasarte, Ayuntamiento de Lasarte-Orio, 1995; MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco: *Guerrillero contre Franco. La guérilla antifranquista du León*, París, Éditions Syllepse, 2000 (en el 2002 aparece la publicación en español); NUÑEZ, Miguel: *La revolución y el deseo*, Barcelona, Península, 2002; ALCALÁ RUÍZ, Emencio: *Memorias de un guerrillero. El maquis en la sierra de Cuenca*, Cuenca, Fundación de Cultura “Ciudad de Cuenca”, 2002; MORENO SALAZAR, José: *El guerrillero que no pudo bailar*, Guadalajara, Silente, 2004; MONTERO, Remedios: *Historia de Celia. Recuerdos de una guerrillera antifascista*, Barcelona, Octaedro, 2004, etc.

¹⁹ Nuestra reflexión parte principalmente del reciente trabajo de: ARÓSTEGUI, Julio: *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Ensayo, 2004.

nos llaman Bandoleros”²⁰. En estos términos se expresaba una editorial del periódico El Guerrillero en el año 1947. Hoy, en cambio, un eslogan tan idéntico en el lenguaje como el “*Nunca bandoleros, siempre guerrilleros*”, repetido en cada una de las convocatorias e incluso utilizado como referencia en distintas memorias escritas²¹, no tiene el mismo significado. El mensaje va dirigido no a los campesinos de la posguerra con el objeto de lograr su simpatía y colaboración, o al menos su silencio, como en el caso anterior, sino a una nueva sociedad ubicada en la frontera del siglo XX con nuevos retos de futuro.

El nuevo mensaje, por lo tanto, está preñado de nuevos significados. Y es que la memoria no sólo se puede reivindicar, sino que al actuar en el presente también puede tener un uso social que resulta más complejo. El actual conflicto respecto a la conocida como “Ley de Memoria Histórica” lo pone en evidencia. Y en los debates que observamos en los últimos años se reincide en un error estrepitoso: la naturalización de la historia y la memoria. Pensar que los hombres de ayer, en el presente, se parecen a como eran antaño es tan absurdo como plantear que los hombres del presente pueden constituirse en los hombres del pasado. La memoria no tiene tal capacidad de simulacro, y por lo tanto, el libre ejercicio de la recuperación de la memoria no supone “despertar viejos odios y demonios”. Otro asunto bien distinto es que algunos pretendan construir identidades colectivas a partir de la memoria en busca de la confrontación, pero cada uno debe ser responsable de sus actos.

En el caso de la memoria guerrillera y de otras memorias antifranquistas se busca un reconocimiento social a su aportación a algunos objetivos logrados (tal es el caso de la democracia), pero también se reivindica una proyección hacia el futuro de las metas que consideran que quedan por alcanzar como la República. Nos encontramos, por lo tanto, ante un uso legítimo de la memoria en el presente que no abre o cierra heridas, sino que tan sólo llama a las puertas de un debate que resulta incómodo a ciertos sectores sociales y organizaciones políticas, que en principio, serían afines.

²⁰ *El Guerrillero*. Mayo de 1947. Archivo del CCPCE, 14/7.

²¹ COS BORBOLLA, Juan de: *Ni bandidos ni vencidos*, Santander, Edición del autor, 2006.

Por lo tanto, todavía resulta una memoria incómoda. Este hecho, la carga crítica al modelo de la Transición y la particular posición de los sectores conservadores son los verdaderos obstáculos para un debate abierto sobre la memoria y la aprobación de una ley que rehabilite y reconozca a las víctimas del franquismo. Pero también existen otros retos. La memoria de las víctimas del franquismo y de la oposición debe reforzar su discurso universal y su proyección en el presente. En muchas ocasiones, dada su condición de memoria débil en España, ha recurrido a la búsqueda de similitudes con otros fenómenos –con especial intensidad las relacionadas con los campos de concentración en la Alemania nazi o la resistencia francesa contra el fascismo-, con el objeto de fortalecer sus acusaciones. No hay nada que reprochar. Pero al mismo tiempo debería aprovechar su nueva posición para conectarla con las injusticias del presente. Tal y como lo ha expresado Todorov: “Aquellos que, por una u otra razón, conocen el horror del pasado tienen el deber de alzar su voz contra otro horror, muy presente, que se desarrolla a unos cientos de kilómetros, incluso a unas pocas decenas de metros de sus hogares. Lejos de seguir siendo prisioneros del pasado, lo habremos puesto al servicio del presente, como la memoria –y el olvido- se han de poner al servicio de la justicia”²². Es nuestro deseo.

²² TODOROV, Tzvetan: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 59.